



DEUS VULT

Javier Jiménez Ramos

DEUS VULT



Primera edición: agosto 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Jiménez Ramos

ISBN: 978-84-19899-42-2

ISBN digital: 978-84-19899-43-9

Depósito legal: M-26157-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Laura. Sin ti esto no hubiera sido posible.

Gracias a todos los que me habéis ayudado: a mi hijo Félix por soportarme cada día; a Javi, Carlos, Alberto, Joaquín y Mariano por vuestras aportaciones tras leeros el manuscrito; a mi maestro y gran escritor Rubén Abella y a todos los compañeros de la Escuela de Escritores, Rubén, Mauricio, Alma, Antonio, Germán, Leila y los dos Albertos, que en alguna parte del libro encontraréis la razón por la que estáis en este mundo, por si os quedaba alguna duda.

«Sueñan las pulgas con comprarse un perro y
sueñan los nadies con salir de pobres».

EDUARDO GALEANO

«Nadie se enteró de que lloré, pero yo estuve llorando en el
vestuario. Me metí en la ducha y el agua me caía encima y nadie
se enteró. Allí estuve como una Magdalena».

GARCÍA CORTÉS

Tijuana. 17/octubre/1987

Habían pasado cuatro años desde los interrogatorios por la muerte de Borja Galarza. Y allí estaba yo, en la puerta de La Escondida, un rancho recóndito a las afueras de Tijuana, dudando de si debía entrar y hacer justicia o, por el contrario, era mejor volver a Madrid y seguir pensando que Borja ardió empapado en gasolina por accidente.

Un chaval huérfano y tullido, un cura que ahogó su fe en un barreño antes de cumplir los treinta y una chica que disecaba a sus animales de compañía. Cuando los conocí, no tuve motivos para creer que ninguno de ellos hubiese sido capaz de cometer un crimen, y menos de ocultárselo a un comisario con mi expediente. Sin embargo, después de saber que habían decidido desaparecer y rehacer sus vidas en México, empecé a sospechar que había algunas grietas por las que se había escapado parte de la verdad. Las mismas fisuras por las que habían conseguido hurgar en mi compasión. Podría haberme dado la vuelta e intentar olvidarlos para siempre, pero no fue así. Sobre el umbral de la entrada, pendiendo de una cuerda movida por el viento, una pequeña figura descolorida de santo Tomás de Aquino, buscador incansable de la verdad, golpeaba contra un farolillo con los cristales rotos. El repiqueteo anunciaba que no había marcha atrás. Me ajusté el cinturón, me estiré la camisa por fuera de los pantalones para asegurar que no se veía el revólver y abrí la verja.

Elvira y yo habíamos llegado a Tijuana casi por casualidad, o mejor dicho, porque ella se empeñó. Los compañeros de la comi-

sarían nos regalaron un viaje de despedida a Las Vegas con motivo de mi jubilación. Treinta años de servicio y un expediente immaculado. O al menos eso creía yo. El día que me dieron el sobre con el regalo, volví a casa pronto y le expliqué a mi mujer que nos íbamos de viaje a Estados Unidos. A los quince minutos ya lo sabían sus tres hermanas y las dos vecinas de planta del bloque donde vivimos. No la había visto tan ilusionada por algo desde que fue con su prima como público al *Un, dos, tres*. Viajar a América. No conocíamos a nadie que hubiese estado allí. Dejaría de ser un ama de casa anónima de un barrio del extrarradio de Madrid para hacerse protagonista de una película que contar durante el resto de su vida en cada bautizo, comunión o funeral. A mí no se me había perdido nada en América, y menos en Las Vegas. Imagino que mis compañeros pensarían que era un buen sitio donde ir porque yo no me perdía ni un capítulo de una serie que se llamaba precisamente así, *Las Vegas*, en la que salía Tony Curtis. Menos mal que no me dio por contarles que también me gustaba la serie *La frontera azul*, si no, igual terminamos en el Liang Sham Po. No es que supiese mucho del lugar, pero por lo que conocía de las películas, era un sitio donde embobaban a la gente para no dejarles pensar y sacarles el dinero. Bastante cuesta ganar el sueldo cada mes como para arriesgarlo tontamente. Alguna vez había perdido diez duros o unos cafés jugando al julepe en el bar de debajo de casa, pero esa era toda mi relación con el juego, exceptuando el día que Elvira se encabezonó con que acompañásemos a su hermana y su cuñado al bingo. Qué manera más tonta y anodina de gastar tres mil pesetas. Hubiese preferido que nos fuésemos a las islas Canarias. Ese sí debía ser un sitio donde poder relajarse y meditar sobre lo que hacer con tanto tiempo libre.

Ya antes de salir de Madrid, a mi mujer se le quedó pequeño Estados Unidos y se empecinó con que también le gustaría conocer México. Desde que nos montamos en el avión en Barajas, no paró de insistir: «Para una vez que viajamos...», «Ya que estamos por allí...», me decía. «Además, ya se lo he dicho a mi prima Paquita,

que como vamos a ir a Estados Unidos, hemos pensado en cruzar la frontera, a ver si ahora me vas a dejar por mentirosa». Hasta se compró unas gafas de sol con forma de corazón que no se quitó ni cuando, al pasar el control de pasaportes, un guardia civil le dijo que tenía que verle los ojos. «Jacobo, haz algo», me dijo, poniéndose de perfil. Enseñé mi identificación de policía y le comenté al agente el motivo del viaje. Me saludó con una mano en la sien y mientras nos devolvía los pasaportes, subió las cejas compadeciéndose de mí. Elvira nunca se había comportado así. De algún modo, también había decidido jubilarse como ama de casa.

Lo más lejos que habíamos estado de Aluche había sido en Torre vieja y en el pueblo de mis suegros cerca de Orense. Pero no bastaba con irnos al quinto pino una semana, había que contar a las vecinas que «además de en América, también habíamos estado en México». Si no se hubiese empeñado Elvira, podría haberme dedicado a pensar en el descanso más que merecido después de tantos años de servicio. No me hubiese topado con ellos de nuevo.

Durante algún tiempo, después de liberarles, seguí teniendo dudas de si realmente había llegado al fondo de lo que pasó con Borja Galarza, pero las dudas se diluían en cuanto recordaba los interrogatorios. Más allá de cómo fuese la relación entre ellos o cómo habían llegado a conocerse, la forma de contarlo, la espontaneidad de sus respuestas y el poco filtro que ponían a sus palabras indicaban que decían la verdad. Durante los últimos cuatro años, traté de entender de qué estaba hecha esa capa invisible que había por debajo de sus historias y que les hacía inocentes de antemano. Aunque alguien hubiese intentado convencerme de lo contrario, yo mismo habría tratado de defender esa inocencia. Algo que no me había pasado nunca, en ninguno de los cientos de interrogatorios donde terminaba por sacar la verdad como si fuese la moneda de una hucha. Con ellos fue diferente, por mucho que mirase por la ranura, moviese el bote, le diese golpes en el culo por si se hubiese quedado pegada en algún lugar, nada, no había moneda que recuperar. Y, entonces, ¿por qué en el fondo seguí teniendo

dudas después de liberarles? Quizá no era una cuestión de no creer a Jessi, Max o Mariano. Más bien era porque siempre pensé que nadie es del todo inocente, nadie dice del todo la verdad, y ellos no podían ser una excepción.

El viaje hasta las Vegas fue según lo esperado; según cualquiera esperaría de dos personas de nuestra edad que nunca habían salido de España. Ocho horas de vuelo hasta Nueva York era más tiempo del necesario para que Elvira pudiese contar en el barrio que había viajado en avión.

—Jacobó, ¿quedá mucho? —me preguntó, mientras se frotaba los tobillos.

—Cinco horas. Trata de dormirte un rato—le dije—. Y quítate esas gafas, que se te van a clavar.

Elvira se quitó las gafas y trató de atusarse el pelo, que poco a poco iba perdiendo el volumen que le dieron en la peluquería.

—Es que ya no puedo más con las piernas, ya sabes cómo tengo las varices.

—Pues date un par de vueltas por el pasillo, a ver si se te alivian un poco.

—¿Y si me mareo?

—Venga, te acompaño, así me echo un cigarro en la parte de atrás.

—Jacobó, ¿has visto qué tomates llevas en los calcetines?

—Claro que lo he visto, deja de mirarme los pies o se va a fijar todo el mundo.

—Mejor quédate, voy yo sola. Si me pasa algo, te doy una voz, ¿vale?

—Vale —le dije sin mirarla, mientras me estiraba la punta de los calcetines.

Cuando llegamos al aeropuerto de Nueva York para hacer escala, nos sentamos en un banco durante tres horas viendo pasar gente de todo tipo. Me llamó la atención un tipo trajeado que parecía tener más prisa que los demás. A la vez que seguía una conversación por un auricular de teléfono unido a un maletín, giraba

la cabeza hacia atrás para dictarle notas a una chica que, después de apuntar en una libreta, daba pequeñas carreras para no perderle el paso. Mientras seguíamos mirando embobados a la gente cruzarse en todas direcciones, Elvira fue sacando la comida que había traído de Madrid y poniéndola a su lado, encima del banco.

—¿Has visto aquellos que graciosos, Jacobo? —me dijo Elvira, dándome palmadas en el muslo.

—No mires tan descaradamente, por favor, se pueden molestar. Deben de ser rabinos.

—¿Rabinos?

—Como los curas, pero de los judíos.

—Si te dejases las patillas más largas, te podría poner unos rulos para hacerte unos tirabuzones así —me dijo riéndose.

—Trata de dormir un rato —le dije, echándole mi chaqueta por las piernas—. Todavía nos queda bastante por delante.

—Si aún es de día.

—Ya, cariño, pero eso no tiene nada que ver, hace mucho que salimos de Madrid.

—No puede ser, ¿qué hora es?

—No lo sé. Ah, sí, mira, allí hay un reloj, las dos de la tarde —le dije.

—Pues entonces no llevamos tanto, hemos salido a las once. ¿Quieres un filete empanado?

—No me apetece comer, tengo el estómago revuelto. Es que tenemos que ajustar la hora porque aquí es más pronto que en España.

—¿Cómo en Canarias?

—Sí, pero más.

Realmente no tenía el estómago revuelto, tenía el dolor que me pone en alerta cuando algo malo va a suceder. Pero eso no era todo. Fue poner un pie en Estados Unidos y me empezó a picar el bigote. Esa era la señal definitiva de que algún desastre se avecinaba. Solo me habían pasado las dos cosas a la vez en una ocasión. Fue dos días antes de que el Madrid perdiese la final de la Copa de

Europa con el Liverpool en 1981. Cómo me hubiese gustado poder meter a García Cortés en una sala de interrogatorio. Qué coño estaría pensando para intentar despejar el balón de esa manera.

Después de la escala, nos pasamos otras seis horas de vuelo desde Nueva York hasta Las Vegas y media hora en autobús desde el aeropuerto hasta el hotel. Yo conseguí dormir un rato durante el segundo vuelo, pero Elvira me dijo que no pudo pegar ojo.

Cuando el autobús llegó a Las Vegas estaba anocheciendo. Elvira se puso a rebuscar en el bolso para ponerse de nuevo las gafas a pesar de que el sol había terminado de esconderse, pero me dijo que se las había dejado en la guantera del avión. Tengo que reconocer que aquello era más impresionante de lo que había imaginado. En mi barrio, en Aluche, todo el mundo me conocía y sabía de mi profesión y cuando iba de un lado a otro, al mercado, a la zapatería, al bar, notaba un respeto en la mirada de los vecinos que me hacía sentir importante. Hasta físicamente me sentía más grande de lo que realmente soy, y eso que no soy pequeño, con mis ciento cuatro kilos de peso y uno ochenta de estatura. Cuando andaba por la Gran Vía por la mañana, de camino al trabajo, tenía una sensación extraña cuando la gente no me miraba y se cruzaba conmigo indiferente. A veces, hasta aceleraba el paso para doblar la esquina de la calle Leganitos lo antes posible, porque en los doscientos metros que tenía que andar hasta llegar a la comisaría, de nuevo me sentía en mi territorio. Recibía el saludo respetuoso de los tenderos que estaban abriendo sus negocios o limpiando su tramo de acera y si aún quedaba algún rezagado de la noche anterior sentado en algún banco o apoyado en alguna esquina, dejaba lo que estuviese haciendo para ponerse en marcha y no cruzarse conmigo. Nada parecido a lo que sentí según avanzábamos por aquella avenida camino del hotel. Cada minuto que pasaba me sentía más pequeño, encogido en el asiento del autobús, abrumado por todo lo que nos rodeaba: calles infinitas, coches con cláxones de melodías pegadizas, una pirámide, hoteles enormes con fuentes iluminadas a la entrada, un pequeño hostel de dos plantas con un neón en la

azotea de un naípe del as de corazones del mismo tamaño que el edificio, vaqueros con grandes sombreros de ala y botas camperas con punta de metal, putas semidesnudas en la puerta de garitos que anunciaban que abrían las veinticuatro horas, negros con trajes de colores invitando a los viandantes a que entrasen en sus negocios, más hoteles enormes.

Elvira no decía nada. La noche antes de salir, durmió con una redecilla en el pelo y creo que ni siquiera debió apoyar la cabeza en la almohada. Trataba de preservar el peinado que durante tres horas le habían esculpido dos peluqueras mientras le daban consejos acerca de cómo comportarse en Estados Unidos. Manda huevos, Juani y Esther, que trasladaron su peluquería de Talavera de la Reina a Aluche y desde entonces no habían vuelto a salir del barrio. Pero ni los litros de laca ultraduradera con que la habían rociado resistieron tantas horas de viaje. Tenía el pelo sucio por la laca y totalmente desaliñado y cabeceaba tratando de mantener los ojos abiertos. Cuando se le iba cayendo la cabeza hacia atrás, se le cerraban poco a poco los ojos y cuando la erguía de un impulso, se le volvían a abrir, repitiendo el ciclo una y otra vez. Yo quiero a mi mujer, pero, en aquel momento, Elvira me recordaba a una de las muñecas con la que solía jugar mi hija de pequeña, moviéndola atrás y adelante para que durmiese y despertase.

Cuando paramos en la puerta del hotel y bajamos del autobús, unos mozos sacaron nuestro equipaje del maletero, lo montaron en unos carros junto al del resto de la gente que venía con nosotros y se lo llevaron hacia la entrada. Mientras un encargado del hotel nos daba la bienvenida y trataba de explicarnos algo, Elvira me tiraba de la manga de la camisa preocupada porque pudieran quitarnos las maletas. Le dije que se relajase, que no iba a pasar nada, y sonreí al tipo, que cuando se dio cuenta de que no entendíamos lo que decía, nos hizo un gesto para que le siguiéramos.

Entramos al recibidor del hotel junto al resto del grupo con el que vinimos desde el aeropuerto y lo demás fue visto y no visto, sin darnos tiempo para pensar. Una chica guapísima nos trajo dos

bebidas rosas en una bandeja, a mí me cogió de la mano una rubia con pantalones vaqueros cortos y camisa de cuadros y a Elvira un tipo con sombrero de vaquero y pantalones blancos ajustados. Elvira me miraba asustada mientras nos separaban. Nos llevaron a una pista de baile que había en el medio del *hall* junto a los demás y empezó a sonar una música del Oeste a todo trapo. Primero nos pusieron a todos alineados mirando hacia una barra de bar que había al fondo y nos hicieron engancharnos del brazo de los que teníamos a los lados, y después empezaron a mover la fila hacia adelante y hacia atrás mientras taconeaban al ritmo de la música. Como *Paquito el Chocolatero*, pero sin echar el tronco hacia delante. A la segunda ida y venida, Elvira trastabilló y cayó al suelo desparrramándose la bebida rosa por encima del vestido. La levantó un mozo del hotel y la llevó a la barra para que se sentase en una banqueta. Yo abandoné la pista para ir a sentarme con ella y los demás siguieron con ese baile tan estúpido.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, pero no puedo más con las piernas. Me quiero ir a dormir.

Nos levantamos de las banquetas para ir a recepción a por las llaves de la habitación. Una pareja que estaba bebiendo en la barra y que había visto toda la escena nos saludó levantando sus copas y con una gran sonrisa nos dijeron al unísono: «Viva Las Vegas». Tenían acento de no hablar español, pero eso sí lo entendí. Para mí que pensaron que Elvira estaba borracha. «Que viva vuestra puta madre», les dije.

—Jacobo, por favor, déjalo. Vamos a subirnos ya —me dijo Elvira tirando de mí.

—A ver qué coño se han creído. Ay, si me los cruzo por Madrid...

La pareja de la barra siguió sonriendo. Fuimos a recoger las llaves y un botones nos acompañó en el ascensor hasta la habitación. Entramos y el chico se quedó parado sujetando el pomo de la puerta. Nuestro equipaje ya estaba dentro.

—¿Qué quiere, Jacobo? ¿Por qué no se va ya? —me preguntó Elvira, mientras se intentaba arreglar el pelo frente a un espejo.

—No lo sé, cariño. Supongo que querrá que revisemos bien que no nos falta nada en el equipaje —le respondí.

Elvira se puso a deshacer las maletas sobre la cama. Yo me encendí un cigarro y de vez en cuando miraba al mozo, que sacudía una pierna impaciente.

—Date prisa, cariño, que este chico tendrá otras cosas que hacer —le dije a Elvira. Mientras, ella sacaba cada prenda, la estiraba en la cama, la volvía a doblar y la colocaba con cuidado en los dos armarios de la habitación. Uno para su ropa y el otro para la mía.

—Ya está todo colocado —me dijo, después de diez minutos.

—¿Ya puedo decirle al chico que se vaya?

—Sí. Ah, no, espera. ¿Y la bolsa de la comida? —me dijo poniéndose en jarras.

—Es verdad, no está.

—Ya lo sabía yo. A mi hermana le pasó lo mismo cuando fueron a Benidorm. Le quitaron un neceser con todas las cremas y las pinturas.

—No te preocupes, que para eso está este chico aquí.

Traté de explicarle con gestos que nos faltaba la bolsa con la comida que había traído mi mujer desde España, pero el muchacho no parecía comprenderme. Después de repetírselo varias veces muy despacio, estiró la mano y me dijo algo en inglés.

—Jacobó, ¿qué quiere? —me preguntó Elvira, que también sacudía la pierna impaciente. Parecía que tenían los dos el baile de san Vito.

Uno no deja de ser policía, aunque le jubilen. Y yo, desde luego, no había perdido la agilidad para relacionar las pistas, analizar la situación y actuar en consecuencia.

—Está claro, cariño; como no nos entiende, quiere que se lo apuntemos para llevárselo a alguien que hable español —le respondí.

Cogí un papel y un bolígrafo que había sobre el escritorio y le apunté todo lo que me iba dictando Elvira: queso curado, sardinas en escabeche, dos latas de atún, pan bimbo, una tartera de callos, jamón, mortadela, dos filetes empanados y galletas maría.

—Y cinco paquetes de Ducados, que como ya habíamos hecho la maleta, los metí en la misma bolsa —añadió Elvira.

Me acerqué al chico, le puse la nota en la palma de la mano, le giré y le saqué de la habitación. Cuando cerré la puerta, oí que seguía hablando solo.

Entré en el baño y estuve un rato mirándome el bigote. Me estaba empezando a salir una calva que se estaba comiendo la parte inferior derecha, junto a la comisura del labio. Eso no era un simple picor premonitorio, se avecinaba algo gordo. Cuando salí a contárselo a Elvira, ya se había puesto el camisón y dormía sobre la colcha de la cama. La tapé con cuidado de no despertarla y me bajé a tomar el fresco.

Eran las diez de la noche en Las Vegas, las siete de la mañana en Madrid. La hora en que me preparaba para recibir a chorizos, traficantes y estafadores. El *hall* del hotel estaba de nuevo ocupado por otro grupo de gente a los que habían sacado a bailar. Como me daba apuro pasar andando entre ellos, me quedé apoyado en la barra a esperar a que terminasen, observando cómo se me acercaba y alejaba la hilera de turistas. Una pelirroja que estaba sentada en una banqueta de la barra se levantó y vino hacia mí. Me puso una mano en la cintura mientras me decía algo al oído. Quizá se estaba insinuando o quizá solo me estaba pidiendo que la invitase a una copa, porque apestaba a alcohol y se tambaleaba levemente, pero en cualquier caso me hizo sentir incómodo. Nunca me ha gustado la gente que se acerca tanto cuando quiere decirme algo, y mucho menos que me toquen mientras me hablan. La distancia ideal para mantener una conversación es aquella en la que puedes alcanzar al de enfrente con el brazo estirado, ni más ni menos. A esa distancia se escucha bien, no se huele el aliento del otro y, si hay que darse un abrazo, aún queda espacio para que ambos den un pequeño pasito de conformidad antes de tocarse. Y, por supuesto, es la distancia ideal para soltar una bofetada en caso de tener que cortar radicalmente la conversación. Y si no que se lo pregunten a Max y a tantos otros a los que he tenido que interrogar. Le aparté el brazo

de mi cintura agarrándola de la muñeca y le planté la mano sobre la barra lo más lejos de mí que pude, lo que le hizo girar y quedar dándome la espalda. No me volvió a mirar. Ni siquiera levantó la mano de la barra. Decidí que era mejor atravesar el *hall* que seguir allí apoyado. La hilera de bailarines se había deshecho, por lo que era más sencillo ir sorteando a los que aún quedaban brincando en la pista. Nunca he sido buen bailarín, pero en ese momento pensé que llamaría mucho la atención si pasaba andando sin más, por lo que acompañé mis pasos con el ritmo de la música lo mejor que pude. Creo que a cualquiera que me hubiese observado le habría recordado a un corredor de marcha. La entrada era un río de gente en ambas direcciones, unos recién llegados a los que ayudaban a meter el equipaje y otros que salían a toda prisa para no perder las furgonetas que los llevarían al aeropuerto de vuelta a sus casas. Allí parado junto a la puerta, viendo pasar esa prole de un lado hacia otro, me sentía un veterano de Las Vegas. Un señor mayor, que andaba encogido, se acercó donde yo estaba y me preguntó algo en inglés, que evidentemente no entendí. Apunté con el pulgar hacia dentro del hotel, sin decirle nada. El hombre entró haciéndome reverencias de agradecimiento. Juraría que le di permiso para utilizar los servicios. Después de fumarme el segundo cigarro, tiré el paquete vacío en una papelera y pensé que era el momento de inspeccionar la zona. Crucé la entrada de taxis y salí a la calle.

Fuera había dos empleados del hotel liándose un cigarrillo y uno de ellos me saludó llevándose la mano a la visera de la gorra. Yo le devolví el saludo haciendo un ademán con la cabeza. Anduve unos cien metros hasta la esquina de la manzana del hotel y me quedé parado esperando en un semáforo en rojo. Al otro lado de la calle, la gente esquivaba a un señor que llevaba una pancarta de cartón colgada al cuello con una cuerda y que vociferaba a través de un megáfono. Cuando el semáforo se puso verde, el hombre se paró al otro lado del paso de peatones y empezó a dirigir sus palabras hacia mí. En el cartel había dibujado un Cristo en llamas sobre el que se leía «DEUS VULT», escrito con letras en color rojo

que simulaban gotear sangre. Me quedé paralizado. La gente nos evitaba a ambos para poder cruzar y dejaban un pasillo de ocho metros por el que aquel profeta seguía diciéndome algo que yo no llegaba a entender. Cuando la luz del semáforo volvió a ponerse roja, el hombre bajó el megáfono, se descolgó el cartel, lo apoyó en una farola, me miró fijamente un par de segundos y se fue. Di media vuelta y aceleré el paso hasta el hotel, sin parar de rascarme el bigote. Ni siquiera devolví el saludo a los mozos del hotel que fumaban en la acera de la entrada. Crucé el aparcamiento de taxis, el *ball* y llegué lo antes que pude al ascensor para volver a la habitación.

Esa frase. *Deus vult*. Recordé la primera vez que se la oí a Max en los interrogatorios. La había escrito en la pared de la iglesia aquel tal Alonso, el compañero de internado con el que luego perdería el brazo en una apuesta. Fue después de que quemasen con gasolina el confesionario del padre Mariano. ¿Qué me estaría diciendo aquel hombre? Parecía que me estuviese advirtiendo de algo.

Cuando llegué a la habitación, había un empleado dando con los nudillos en la puerta. Me acerqué y se dirigió a mí por mi nombre.

—¿Señor Hontanares? —me preguntó, con acento mexicano.

—El mismo. ¿Qué quiere?

—Mi nombre es Manuel, soy empleado del hotel, y vengo a traerles una bolsa que venía con su equipaje —me dijo, mientras me ofrecía la bolsa de Galerías Preciados en la que Elvira había guardado la comida.

La abrí y empecé a revolver las cosas de dentro hasta que di con uno de los paquetes de Ducados. Mientras tanto, el muchacho siguió hablándome.

—Sentimos mucho la demora en devolvérsela, señor, pero hemos tenido que retenerla hasta dar con lo que producía tan mal olor.

—¿Mal olor?

—Sí, señor, había algo en mal estado. No podíamos meterlo en el ascensor para devolvérselo en esas condiciones. Se trataba de un recipiente con carne y salsa.

—Mira que le dije a Elvira que no metiese los callos. Muchas gracias... ¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Manuel. Metí en la bolsa la sandwichera donde traían esa comida. Está fregada.

—Gracias, Manuel. ¿Quieres un cigarrillo?

—No nos permiten fumar, pero sí que me apetece, si le soy sincero. Me fumaría uno gustoso —me dijo.

Metí la bolsa de la comida en la habitación y nos quedamos fumando junto a un cenicero de pie que había en el pasillo. Manuel me contó que llevaba dos años trabajando en Las Vegas, pero que su mujer y sus tres niñas vivían en Tijuana. Yo le conté por qué estábamos allí y lo ilusionada que estaba mi mujer con ir a México. Después de varios cigarros y de hablar sobre Butragueño y el Mundial del año anterior en su país, Manuel me ofreció que le acompañásemos a Tijuana, porque libraba e iba a pasar varios días con su familia.

—Les va a gustar, Jacobo. Nada que ver con esta mierda de los gringos, allá las cosas son auténticas de verdad, y no estas pendejadas de cartón —me dijo—. Además, puede ser un buen trato para ambos. Ustedes me pagan el combustible, que este mes ando mal de plata, y yo los llevo en mi *pick-up*. Salgo mañana en la tarde.

—Muchas gracias, Manuel, pero tengo que consultarlo con mi mujer.

—Qué considerado es usted —me dijo poniéndome una mano en el hombro.

—Además, no sé, allí no conocemos a nadie.

—Cómo, no más, me tienen a mí. Lamentablemente no tengo espacio en casa para ustedes, pero mi cuñado y mi hermana tienen un hostel donde pueden alojarse, e incluso pueden prestarles el carro por si quieren hacer turismo por su cuenta.

—¿No es peligroso?

—¿Peligroso? ¿Ha salido usted a la calle acá en Las Vegas? *Esto* es peligroso. Además, allá hablamos su idioma, cualquier cosa que necesite no tiene más que pedirla y listo.

—Visto así... La verdad es que aquí no me entero de nada de lo que dicen.

—Claro, allá estarán como en casa. Una cosa más, si me lo permite y si no le parece mucha indiscreción, así como se ve tan grande y con ese bigote, tiene usted aspecto de tira.

—¿De tira?

—De tira, de chota, un teco, de la cuica...

—Manuel, no entiendo nada de lo que dices.

—Ah, claro, aspecto de policía, señor.

«¿Y ese es el español que hablan?»), pensé. No me gustó la pregunta y decidí no decirle la verdad.

—Nada de eso, Manuel, soy carnicero. Mañana te decimos algo. ¿Cómo puedo localizarte?

—Desde el teléfono de la habitación, marque el 314. Es del servicio de habitaciones. Pregunte por mí, soy el único Manuel. No se preocupe, que la mayoría hablan español. Si se deciden a venir, llámeme antes de las dos.

Manuel se fue y yo me metí en la habitación. Como no tenía sueño, me senté en la butaca del escritorio para no molestar a Elvira y estuve hojeando una guía de la ciudad que había sobre la mesa. Luego me fumé un par de cigarros en la ventana para no llenar de humo la habitación. Oí ruido en el pasillo y me asomé a la mirilla. Una pareja discutía en la puerta de la 204. Ella le lanzó unas fichas del casino al pecho y cortó sus quejas de un portazo. Tras intercambiar un par de frases más a través de la puerta cerrada, el hombre recogió las fichas de la moqueta y volvió camino del ascensor. Me quedé otro rato sentado en la butaca mirando a Elvira, que se había desarropado y dormía con un brazo colgando por el lateral de la cama. ¿Qué querría decirme aquel hombre del megáfono? Fue pensar en la frase que llevaba escrita en el cartel y empezar a picarme el bigote de nuevo, así que fui a mirármelo en el espejo del baño. La calva tenía un tamaño suficiente como para poder meter dentro la punta del dedo índice. Elvira llevaba un par de meses insistiendo en que me lo afeitase después de jubilarme,

porque me iba a hacer sentir más joven, pero a ese paso no iba a hacer falta. Recuerdo que me lo dejé crecer en la academia y el día de mi graduación ya lo tenía bien poblado. 14 de enero de 1955. Guardo una foto de ese día en una vitrina junto con las medallas al honor y al mérito. Oí a Elvira decir algo y salí del baño. A veces abre los ojos mientras duerme y dice cosas ininteligibles. Normalmente trato de calmarla hablándole despacito, a su lado, pero ese día no me atreví. Estaba boca arriba, con los brazos y las piernas abiertos, despeñada como una muñeca vieja, con los ojos abiertos y hablando en lo que perfectamente podía ser arameo. Estuve a punto de acercarle la Biblia que había sobre la mesilla, pero en vez de eso me metí en el baño y cerré la puerta para no oírla. ¿Por qué apagó el megáfono y dejó el cartel después de gritarme a mí? Es como si hubiese completado la misión *divina* que tenía encomendada después de lanzarme su mensaje. Otra vez el picor. El mostacho impenetrable de un comisario de policía, que había infundido más temor y conseguido más confesiones que todas las hostias que había tenido que dar juntas. Pensé que mis compañeros, cuando me viesen de vuelta en Madrid para la cena de despedida, pensarían que estaba enfermo. «El típico imbécil que se jubila y la palma a los tres meses», comentaría alguno a mis espaldas. «Pobre Hontanares, qué bajón en quince días», «Sin bigote no da tanto miedo», «Seguro que está por aquí día sí y día no dando el coñazo, dos semanas sin venir y qué mal se le ve», cuchichearían. Cogí un lápiz de ojos del neceser de Elvira y me pinté la calva de negro. «Perfecto, casi no se nota», pensé. Aunque claro, si la cosa iba a peor, aquello no podía ser una solución, o terminaría con el bigote pintado como Groucho Marx. «Bueno, de momento vale para disimular la calva», pensé, y salí de nuevo a la habitación. Elvira dormía de lado. Me tumbé junto a ella, pero a los diez minutos volví a escuchar ruidos fuera y me levanté. Otra vez había jaleo en la puerta de la 204. El hombre había vuelto y, después de golpear varias veces la puerta con el puño, se dejó caer de rodillas y siguió suplicando entre sollozos. La mujer abrió la puerta y lanzó en medio del pasillo un montón de

ropa y una maleta abierta, mientras él se mantenía de rodillas, con la cabeza agachada y callado. Después cerró y a los pocos segundos abrió para tirarle encima un vestido de novia, cerrando la puerta definitivamente. No pasaron más de dos minutos antes de que apareciese por el pasillo una pareja de policías acompañada de un encargado del hotel. Los policías agarraron al hombre de las axilas, lo pusieron de pie y se lo llevaron hacia el ascensor sin decirle nada. El encargado del hotel andaba detrás, con un montón de ropa entre los brazos del que cada varios pasos se iba cayendo una prenda. Me fumé otro par de cigarros en la ventana. Bajé a la puerta del hotel a fumar otro pitillo y volví a subir. Hojeé la guía de la ciudad.

Eran las cinco de la mañana cuando empecé a tener sueño, debía ser la hora de la siesta en España. Me tumbé con cuidado en la cama para no molestar a mi mujer y en el momento en que apoyé la cabeza en la almohada y me relajé, se despertó Elvira y se incorporó como un resorte.

—Hola, Jacobo, cariño. ¿Qué tal has descansado? —me preguntó mientras trataba de sujetarse los mechones de pelo que apuntaban en todas direcciones.

—Muy bien, cielo, pero me gustaría dormir un ratito más —le respondí.

—Uy, de eso nada. Arriba, dormilón, que seguro que hay muchas cosas que ver —me dijo mientras se levantaba.

«Claro, muchas cosas —pensé—. Una pareja peleándose en la habitación de enfrente, un tipo que me grita maleficios por un megáfono, gente que entra y sale del hotel, muy interesante».

—Elvira, ¿tú no estás cansada? —le pregunté.

—Para nada, he estado una semana escuchando la radio por la noche hasta que te ibas a trabajar y durmiendo después. Me dijeron Juani y Esther que lo hiciese, que luego aquí me iba a sentir mejor.

—¿Las peluqueras?

—Claro. Una tuvo un novio inglés.

Quizá no eran Mariano, ni Jessi, ni Max los bichos raros. ¿Lo era yo?

Comisaría Distrito Centro. C/ Leganitos, 19. Madrid. Sala A.

Grabación ronda 1 de interrogatorios. 17/octubre/1983. 09:14 a. m.

Declarante: Jessica Blanco. Comisario: Jacobo Hontanares.

—¿De qué conocía al señor Galarza, señorita Blanco?

—Llámeme Jessi, por favor. ¿Puedo fumar?

—Puede fumar, ahí tiene un cenicero. ¿Qué tipo de relación tenía con el difunto?

—Borja era mi primo, bueno, mi *primastro*, o como se diga. Juliana, la tía paterna de Borja, me acogió después de quedarme huérfana, cuando yo tenía quince años. Borja tenía veintidós cuando yo llegué a la casa. Su madre también murió joven, como la mía, y su padre rehízo su vida en el extranjero sin contar con él y lo dejó con su tía.

—Sáquese el chicle y déjelo en el cenicero, por favor, porque masticando a la vez que habla no me entero. O sea, que la señora Galarza tuvo a bien adoptarla vista su situación de desamparo.

—¿Adoptarme? Juliana Galarza nunca me trató como a una más de la familia. Me quería para limpiar los baños, lavar y planchar la ropa y fregar el suelo de rodillas, «porque si no, no queda bien», me decía. ¿Cómo llamaría usted a eso? No me lo diga: una criada. En los seis años que estuve allí, no pensaba en otra cosa que no fuera irme de esa casa cuanto antes.

—¿Y Borja? ¿Cómo se llevaba con él?

—Era el único que me daba algo de cariño, a su manera, claro. Yo estaba acostumbrada a ver hombres que se arrimaban a las chi-

cas más de la cuenta y les daban cachetadas y pellizcos en el culo, así que no me sorprendió que Borja me tratase de esa manera. Hasta me gustaba, me hacía sentir mayor, y según me fui haciendo mayor de verdad, me producía cada vez más morbo cuando me metía su brazo postizo por debajo de la falda. Era un brazo alemán de importación, con unos dedos largos y gruesos, así como de caucho. Por ponerle una pega, era un modelo talla única y a Borja le venía algo grande. Vamos, que le quedaba ridículo. Alguna vez me dieron ganas de arrancarle la mano, pero no por lo que piensa usted, no porque me molestase, sino para quedarme con ella y poder jugar a solas, ya me entiende. El resto del cuerpo de Borja no me interesaba, al menos al principio. Poco a poco, los cariños fueron más consentidos.

—¿Dónde se piensa usted que está? Esto es una comisaría y ese tipo de detalles se los puede usted guardar para contárselos a sus amigas. Por favor, cíñase a responder a mis preguntas. ¿Trabajaba usted o estudiaba durante su estancia con los Galarza?

—No se ponga usted así, hombre. Nunca se me ha dado bien estudiar, pero me fijo mucho y aprendo pronto. Usted póngame cualquier tarea y le aseguro que en dos meses la hago perfectamente. Primero me metieron de ayudante en una clínica dental que tenían unos vecinos en la calle Lagasca. Además de tener la clínica limpia, me encargaba de acercarle el material al dentista cuando estaba con los pacientes. Joder, cómo me molaba todo lo que hacía aquel señor. Estuve casi un año currando allí, pero me echaron un día que el doctor iba a llegar tarde y como el paciente había dejado de serlo y se había vuelto impaciente, me puse la bata blanca y decidí hacerle el empaste yo misma. El tipo era la primera vez que iba y hasta me hablaba de usted. Pero llegó el doctor antes de tiempo y la cosa no acabó bien. No lo entiendo, porque casi no le estaba haciendo daño.

—¿Me está diciendo que suplantó al doctor y decidió intervenir a un paciente?

—Ya le he dicho que aprendo pronto. Después de echarme de la clínica, estuve dos años trabajando en la ortopedia, una tienda

que abrió Juliana después del accidente de moto de Borja, cuando perdió el brazo.

—O sea, que la incluyeron en el negocio familiar.

—Bueno, sí y no. Ellos siempre habían vivido de una tienda para curas y monjas que abrió el abuelo de Juliana, o tienda de artículos religiosos y arte sacro, como decían ellos, pero desde hacía tres o cuatro años el negocio les había empezado a ir peor. Los ochenta no les han sentado bien a los católicos.

—Hable con respecto hacia la Iglesia, haga el favor.

—Vale, vale. Me contó Borja que la última temporada vendieron más sotanas para el entierro de la sardina que a curas, así que Juliana decidió dividir en dos la tienda y montar la ortopedia. El accidente de Borja la hizo «ayudar a otros como él». O eso al menos contaba a sus amigas. Cobrando, claro, y bastante caro, que para eso eran modelos de importación. A ver si se cree que esta gente se había hecho rica haciendo regalos a los necesitados. El caso es que me ofrecieron la posibilidad de trabajar en cualquiera de las dos tiendas, pero la religiosa me daba bastante grima.

—Ya me ha quedado claro que no es usted religiosa, pero, por favor, no haga más alusiones despectivas hacia la Iglesia. Continúe.

—No, si no es eso, señor comisario, yo respeto a todo el mundo, hasta a los creyentes, era por lo que vendían. Los cristos caros estaban muy bien conseguidos, con lágrimas recorriéndoles su cara de pena y gotas de sangre cayendo de las espinas de la sien. Pero los baratos de escayola daban mal rollo. Los pintaban Juliana y las cursis de sus amigas en casa cuando se juntaban por las tardes y no había ni uno que tuviese los ojos bien alineados. Me imagino que era por el moscatel, señor comisario, porque se servían copitas pequeñas y disculpándose unas con otras por echarse más, pero se terminaban bebiendo dos botellas entre seis. Como los rosarios nacarados y los crucifijos de plata eran caros y cada vez se vendían menos, una de las amigas de Juliana le aconsejó ir poniendo las gangas en el escaparate para atraer a la gente y en dos semanas lo llenaron con más de cien cristos rubios, morenos y pelirrojos,

todos bizcos. En medio de todos ellos, un belén en el que María miraba con un ojo al niño y con otro al buey. Es verdad que atrajo a más gente, pero porque se paraban para cachondearse en el escaparate. Lo que se dice vender, vendían poco. En las reuniones familiares, cada vez que hablaban de los «artículos Galarza» se les llenaba la boca, hasta que un día un periodista escribió una columna que se titulaba precisamente así: «Artículos Galarza», con fotos de las figuritas. «Mesías estrábicos, ¿cómo se atreven?», gritaba Juliana mientras lo leía. No volvió por la tienda y desde entonces se fue poniendo cada vez más enferma. Decidieron que Borja se encargase del local religioso y yo de la de ortopedia.

—Entonces, con el sueldo de dependienta, no tendría usted necesidad de robar...

—¿Sueldo?, una miseria. Casi todo me lo descontaba Juliana a fin de mes, que no paraba de recordarme qué hubiese sido de mí si no llega a ser por su caridad. También se lo recordaba a Mariano cuando venía a vernos. Me imagino que buscando un trato especial de Dios. Pero claro, menudo mensajero se había buscado Dios para los Galarza, nada menos que a Mariano, el más borracho y mujeriego de todos los curas que tenía en nómina. Una miseria, señor comisario; si quería independizarme, tenía que juntar dinero por mi cuenta. Como usted ya sabrá, porque me pillaron una vez, de vez en cuando levantaba alguna cartera por la calle.

—Lo que nosotros sepamos de usted es cosa nuestra, señorita.

—Es que, como me ha dicho lo de que no necesitaba robar, por eso se lo cuento. De todas formas, mientras estuve en la tienda no me hizo falta, porque cada mes juntaba entre ocho y diez mil pesetas timando a los clientes. Pero solo a los ricos tullidos que venían a por el último modelo del mercado, nunca se me ocurrió estafar a ninguna señora que viniera a por una faja porque tenía los riñones rotos de fregar escaleras. Eso es a tener en cuenta, ¿verdad?

—Aquí estamos acostumbrados a tratar con raterillas de poca monta como tú, así que no preguntes gilipolleces. A ver, cuéntame eso de timar a los clientes. Y sácate el chicle de una puta vez.

—Por lo menos ya me tutea. Me puede llamar Jessi, señor comisario. Los primeros días empecé cambiando etiquetas: cuando veía a un cojo venir hacia la tienda, mientras el tío miraba el escape, yo les ponía a las piernas la etiqueta de los brazos mecánicos, que eran más caros. Aquello no funcionaba bien, porque tenía que andar corriendo para cambiar los precios y era un poco cantoso, así que empecé a traerme algunas etiquetas de otros comercios. Hasta vendí una pierna con una etiqueta que me llevé de las Mantecerías Leonesas de un jamón Cinco Jotas, ¿se imagina?, pata negra. ¿No le hace gracia?

—Ya ves que ninguna. No estoy aquí para escuchar tus chistes estúpidos. Por favor, termina con lo de la tienda.

—Al final terminé por encargar los precios en una imprenta, así que, por la mañana al abrir y por la tarde antes de irme, cambiaba los precios de todo el material. Antes de que me pregunte, la respuesta es no, no me da pena engañar a discapacitados. Pero a los Galarza tampoco, porque menudos precios. El caso es que Juliana se enteró y no me hizo falta independizarme. Unos días antes de cumplir los diecinueve me puso en la calle, pero al menos tuve para tirar unos meses hasta que me dieron trabajo en el bar donde estoy ahora.

—La señora Galarza, por si no lo sabías, también lo puso en conocimiento de la policía, aunque finalmente retiró la denuncia por compasión.

—Claro que lo sabía, si no de qué iba yo a contarle todo esto.

—Te crees muy lista, ¿eh? Igual sabemos más cosas de las que tú te piensas.

—Joder, ¿qué he dicho ahora? No se ponga así.

—Háblame de lo que hacías antes de llegar a casa de los Galarza.

—Hoy lunes no es el mejor día para hablar de mi vida cuando era una niña.

—Pues nada, si quieres nos quedamos aquí toda la semana a ver si algún día te parece bien responder a mis preguntas.

—Es que desde que murió mi madre los lunes me ponen nostálgica.

—Siento lo de tu madre. Y no te preocupes, bonita, te llevamos unos días a Yserías hasta que te encuentres bien para hablar. ¿Te parece bien hasta el sábado?

—Espere, espere, siéntese. Antes, el lunes era el día más feliz de la semana. Ese día descansaba mi madre y casi nunca me llevaba al colegio para poder estar todo el día juntas. Siempre pasábamos el día fuera. Nos dábamos un paseo por el Retito, a veces nos metíamos en el cine y casi siempre terminábamos comiéndonos un bocadillo de calamares. Mientras nosotras estábamos por ahí, sus compañeras limpiaban el piso por la mañana y por la tarde se ponían guapas y la que no tenía novio se iba a ver a su familia. Cuando digo guapas, no se confunda, que por si usted no lo sabe no se es puta las veinticuatro horas del día. No me refiero a cómo se arreglaban el resto de la semana, sino a cómo se arreglan su madre, su mujer o su hija, si tiene, cuando salen de casa. Que, como se suele decir, la profesión se lleva por dentro.

—La procesión, es la procesión lo que se lleva por dentro, y como vuelvas a nombrar a mi madre o a alguien de mi familia, lo que te vas a llevar es una buena hostia.

—Tranquilo, hombre, era un ejemplo para que usted lo entendiese. La mayoría de las chicas solo estaba de paso unos meses y no me dio tiempo a cogerle cariño a ninguna, salvo a la Juana. Mi madre y ella se vinieron del pueblo a Madrid para trabajar juntas y no se separaron nunca. Al morir mi madre, se volvió a León y no he sabido nada más de ella. Cuando volvíamos de pasear, el piso siempre olía a una mezcla de lejía y perfume caro del que se ponían antes de salir. Desde entonces, cada vez que friego el suelo me perfumo, me hace sentir una niña de nuevo. No se piense que las dueñas del negocio eran mi madre o la Juana. El gerente era el dueño del piso, Ricardo, que había perdido otros dos pisos jugando a las cartas y antes de perder el último cambió de oficio. Dejó de ser rentista y se hizo proxeneta. Un chulo, para que me entienda.

—Sé lo que significa proxeneta, pero muchas gracias. ¿No sería un tal Ricardo Castedo?, porque a ese le tuvimos varias veces por aquí.

—Ese mismo. Lo suyo no era ganarse el pan con el sudor de su frente.

—Hace años que no lo veo, pero sé de qué personaje me hablas.

—Ahora es alcalde de un pueblo de Toledo; si un día me hace falta, ya me pasaré por allí para recordárselo. Yo con doce años estaba ya bastante desarrollada y una vez a mi madre no le gustó como me miró el hijoputa ese. Las voces terminaron en golpes y cuando volví a verla, tenía el ojo derecho color berenjena. Aquel desgraciado le debió coger el gusto, porque a partir de entonces la zurraba a menudo. Siempre el ojo derecho. Ricardo era zurdo.

—No sabía que se había metido en política, pero con la carrera que llevaba, no me extraña. Por lo que cuentas, no parece el mejor entorno para una niña.

—En el prostíbulo me trataban como a una mujercita. La cocina era donde jugaba, estudiaba y me relacionaba con el resto cuando no estaban ocupadas. Me dejaban maquillajes y me disfrazaban con mallas y minifaldas cuando recogían la colada. «Estás divina, tiene un toque divino, caída del cielo...», decían, y se reían. He tardado años en entender por qué aquellos comentarios me hacían sentir incómoda. Mi madre siempre se sentaba en una banqueta y se recostaba en la pared con las piernas cruzadas, no se me olvida su imagen en aquel rincón. No las regañaba por vestirme así, solo entornaba los ojos echando el humo del cigarro muy despacio, pensativa, y me decía: «Niña, quítate eso». Yo tenía catorce años cuando murió y en los dos últimos ella había envejecido por lo menos treinta. Murió de cáncer de pulmón.

—Siento mucho lo de tu madre. Continúa.

—No me llevaron al entierro. Me dejaron sola en casa todo el día. Estaba tan asustada que me senté en el suelo sin moverme hasta que volvieron y ni siquiera lloré. Tardé más de un año en llorar la muerte de mi madre. Esa misma tarde, llegó la Juana con Mariano,

o don Mariano, como decían ellas, y se metieron en una habitación a hablar a solas. Cuando salieron, Mariano me miró de arriba abajo y se fue. Al día siguiente, volvió a casa, entró a la cocina y me cogió de la mano para llevarme con él. Me agarré a la mesa y traté de resistirme, hasta que la Juana me hizo un ademán con la cabeza para que le siguiese. Bajamos la escalera hasta la calle y Mariano me metió en su 124, que tenía aparcado enfrente del portal. «Te voy a llevar con tu nueva familia», me dijo.

—La familia Galarza, entiendo.

—Qué rápido es usted, señor comisario. Desde que llegué a casa de los Galarza, Mariano no dejó de visitarme todas las semanas, sin faltar ni una. Al principio me traía chucherías y luego, según fui creciendo, algo de ropa de la que rescataba de la beneficencia. Sus visitas al prostíbulo eran distintas. De niña, hasta que comprendí de qué se trataba, pensé que venía a evangelizar a las chicas, porque cuando se cruzaba conmigo les decía en voz alta, para que yo lo oyese, que no dejasen de ir a la iglesia el domingo. La Juana siempre le contestaba lo mismo: «No hay lugar más sagrado para el hombre que este, don Mariano».

—Me cuesta mucho creer lo que cuentas del padre Mariano. Además de él, el día de autos también estaban contigo Borja Galarza y ese tal Maximiliano, ¿verdad?

—Qué pena Borja, cómo se quemó el pobrecito. Así es, estábamos los cuatro. Déjeme que le hable de Max...

—De momento no es necesario. Supongo que sabrás que eres la única heredera de la familia tras la muerte del señor Galarza. Su tía le dejó todo a él y Borja Galarza escribió su testamento un mes antes del suceso, nombrándote beneficiaria única en caso de fallecimiento.

—No tenía ni idea, comisario, ¿en serio?, desde que me echó su tía de la tienda de ortopedia, no había vuelto a tener contacto con ella, salvo en su funeral hace tres meses, y el pobre Borja no me había contado nada. Además, los negocios, hasta donde yo sé, les iban como el culo y pensaba que no tenían ni un duro.

—¿Por qué dices que les iban mal los negocios?

—Borja siempre estaba quejándose de que debían pasta a algunos suministradores, sobre todo en la tienda religiosa. Me contó que un día vino de Sevilla el fabricante de los crucifijos grandes de iglesia con sus dos hijos y como llevaban tiempo sin pagarle, se llevó los tres que quedaban. Se subieron los tres crucifijos cargados a la espalda, arrastrando por la calle Atocha hasta Antón Martín, donde habían dejado la furgoneta. Hubo hasta quien les cantó una saeta desde un balcón en pleno mes de agosto. ¿Cuánto dice que me han dejado de herencia, señor comisario?

—De momento, no hay más preguntas. Espera aquí sentada, ahora te traerán un café.

—Es que me tengo que ir. Tengo cosas que hacer.

—Haz el favor de sentarte, vuelvo en un rato. Y si sigues con el chicle en la boca, te aseguro que lo vas a escupir, aunque no quieras.

